

## De la investigación a la acción: urgencia y posibilidad en la universidad del presente.

Esto ha producido una cultura universitaria que privilegia los indicadores bibliométricos por encima del impacto social y, en muchas ocasiones, valora más una publicación en una revista indexada que una solución concreta a un problema comunitario.

---

En el contexto actual, caracterizado por profundas transformaciones sociales, políticas, tecnológicas y ambientales, la universidad no puede continuar operando como una burbuja de saber centrada en sí misma. Lejos de constituir una torre de marfil, la educación superior debe asumir una misión ética y social ineludible: producir conocimiento no solo para explicar el mundo, sino también para transformarlo. Desde esta perspectiva, el paso de la investigación a la acción no constituye una opción metodológica más; es un imperativo institucional, académico y humano.

Este artículo propone una reflexión sobre la urgencia y la posibilidad de construir una universidad comprometida con su tiempo, que articule sus procesos de investigación con las demandas del entorno. Para esto, es necesario superar los enfoques tradicionales que separan la teoría de la práctica y apostar por un paradigma de conocimiento situado, participativo y transformador. A lo largo de estas líneas, se argumenta que solo mediante la acción crítica y reflexiva es posible resignificar la función investigativa de la universidad y, con esto, recuperar su legitimidad social.

Investigar no puede ser únicamente una forma de acumular conocimiento; debe constituir también un medio para construir justicia, dignidad y bienestar.

## I. El divorcio entre la teoría y la práctica: una vieja deuda universitaria

Durante gran parte de los siglos XX y XXI, la investigación universitaria ha estado dominada por una visión positivista del conocimiento. Bajo esta lógica, lo académico se ha valorado por su capacidad de objetividad, medición y replicabilidad, mientras que lo práctico ha sido relegado a una categoría secundaria, asociada al empirismo o la improvisación.

Esto ha producido una cultura universitaria que privilegia los indicadores bibliométricos por encima del impacto social y, en muchas ocasiones, valora más una publicación en una revista indexada que una solución concreta a un problema comunitario.

Dicha disociación entre saber y hacer no es menor. En muchos contextos, especialmente en América Latina, esto ha llevado a que las universidades acumulen diagnósticos y estudios que no se implementan. La brecha entre la investigación producida en las aulas y los desafíos de los territorios se ha profundizado, lo que alimenta la percepción de una universidad elitista, desconectada y autosuficiente.

Romper con esta inercia requiere un cambio de paradigma: dejar de concebir la investigación como un fin en sí mismo y asumirla como un proceso dinámico, ético y comprometido, orientado a la acción transformadora. Investigar no puede ser únicamente una forma de acumular conocimiento; debe constituir también un medio para construir justicia, dignidad y bienestar.

---

## II. Investigación a la acción: una epistemología del compromiso

El enfoque de investigación a la acción no es nuevo, pero actualmente adquiere una relevancia renovada. Inspirado en las corrientes de la investigación-acción participativa, el pensamiento crítico latinoamericano y la pedagogía de Paulo Freire, este enfoque propone una ruptura con el modelo lineal y tecnocrático de la producción científica. En su lugar, plantea una epistemología del compromiso, en la que el conocimiento se construye en diálogo con la realidad y con los sujetos que la habitan.

Desde esta perspectiva, investigar constituye también un acto político. No se trata de militancia ideológica, sino de que toda investigación parte de una posición frente al mundo. Decidir qué se investiga, con quién se investiga, para qué se investiga y qué se hace con los resultados son decisiones profundamente políticas que configuran el sentido de la universidad en la sociedad.

La investigación a la acción reconoce que el conocimiento académico constituye solo una de las múltiples formas de saber. En consecuencia, promueve una relación horizontal entre la universidad y las comunidades, en la que se valoran los saberes locales, ancestrales, populares y experienciales como fuentes legítimas de conocimiento. Esta postura implica, además, asumir la incertidumbre como parte del proceso y comprender que la verdad no es un producto terminado, sino una construcción colectiva en constante revisión.

## III. Estrategias para una universidad que investiga actuando

Transitar de la investigación tradicional a la investigación orientada a la acción no constituye una tarea sencilla. Lo anterior implica enfrentar resistencias institucionales, culturales y metodológicas. No obstante, existen experiencias, estrategias y prácticas que facilitan el avance en esta dirección. Algunas de ellas son:

### 1. Fortalecer las metodologías participativas

Las metodologías cualitativas y participativas — como la investigación-acción, el proyecto investigativo etnográfico, el estudio de caso colaborativo o el mapeo colectivo— permiten involucrar a los actores sociales en todo el proceso investigativo: desde la formulación del problema hasta la evaluación de los resultados. Estas estrategias fomentan el empoderamiento comunitario y la cocreación del conocimiento.

### 2. Articular docencia, investigación y extensión

La fragmentación de las funciones universitarias ha limitado las posibilidades de generar aprendizajes significativos. La integración de los procesos de enseñanza, investigación y acción social en proyectos comunes permite a estudiantes y docentes experimentar el conocimiento como una vivencia integral, coherente y transformadora.

---

### **3. Rediseñar los currículos desde una lógica de proyectos**

La implementación de modelos de enseñanza con base en proyectos de impacto real permite que las personas estudiantes desarrollen habilidades investigativas y contribuyan a la resolución de problemas locales. De este modo logran conectar la teoría con la práctica desde el inicio de su formación.

### **4. Promover vínculos institucionales con el entorno**

Las alianzas con gobiernos locales, organizaciones sociales, empresas y centros comunitarios resultan fundamentales para vincular la universidad con la vida. Estos vínculos facilitan la identificación de necesidades concretas, la construcción de redes de colaboración y la garantía de la sostenibilidad de los proyectos.

### **5. Crear espacios de reflexión crítica y ética**

Investigar para actuar también implica reflexionar. Las universidades deben promover espacios de diálogo interdisciplinario, análisis ético y evaluación crítica de los impactos de la investigación. Actuar sin reflexionar puede ser tan perjudicial como reflexionar sin actuar.

## **IV. El papel de los actores universitarios**

El tránsito hacia una universidad que investiga y actúa no puede ser impuesto desde arriba ni asumido de manera individual. Este es un proceso colectivo que involucra a toda la comunidad académica. Sin embargo, existen tres actores cuya participación resulta fundamental:

### **a) El estudiantado**

Las personas estudiantes no deben considerarse aprendices pasivos, sino sujetos críticos capaces de investigar, analizar y transformar. Incluirlos activamente en proyectos de investigación aplicada, desde los primeros niveles de formación, favorece el desarrollo de competencias clave: pensamiento crítico, trabajo colaborativo, comunicación, ética profesional y sensibilidad social.

### **b) El cuerpo docente**

Las personas docentes desempeñan un papel fundamental como mediadores del conocimiento. Su responsabilidad no consiste únicamente en enseñar contenidos, sino también en formar criterios, acompañar procesos, modelar actitudes y abrir caminos. Se requieren docentes-investigadores que no teman involucrarse, que se atrevan a salir del aula y del papel y que comprendan que enseñar implica también transformar.

### **c) Las autoridades universitarias**

Las decisiones político-institucionales resultan fundamentales para crear condiciones favorables para la investigación orientada a la acción. Esto implica establecer políticas claras de apoyo a proyectos interdisciplinarios y transversales, mecanismos de financiamiento para iniciativas con impacto territorial y procesos de evaluación que reconozcan no solo la producción científica tradicional, sino también el valor social del conocimiento aplicado. Las autoridades deben ejercer un liderazgo ético y visionario, que promueva una universidad dialogante, contextualizada y propositiva.

---

## VII. Desafíos pendientes y horizontes posibles

El camino que conduce de la investigación a la acción está lleno de potencial, pero también de desafíos. Algunos de los más urgentes incluyen:

Reconfigurar los sistemas de evaluación académica: es necesario reconocer y valorar los productos derivados de investigaciones aplicadas —informes comunitarios, materiales didácticos, videos, prototipos, propuestas de política pública— como aportes legítimos al conocimiento, más allá de las métricas tradicionales.

Formar competencias investigativas integrales: los planes de estudio deben promover habilidades no solo técnicas, sino también éticas, comunicativas, emocionales y políticas para intervenir en realidades complejas.

Garantizar la sostenibilidad de los proyectos: muchos esfuerzos valiosos se pierden al finalizar el ciclo lectivo o al concluir el financiamiento puntual. Las universidades deben considerar mecanismos de continuidad, escalabilidad e institucionalización.

Superar la fragmentación del conocimiento: persisten barreras entre disciplinas, escuelas y facultades. La acción transformadora exige enfoques integradores y trabajo colaborativo, en los que confluyan saberes, lenguajes y experiencias.

Cuidar el bienestar de quienes investigan y actúan: participar en procesos sociales implica enfrentar emociones intensas, conflictos y frustraciones. La universidad debe crear redes de apoyo, espacios de cuidado y programas de formación para gestionar estas dimensiones del trabajo investigativo.

A pesar de los retos, el horizonte resulta esperanzador. La pandemia de la COVID19, por ejemplo, evidenció la necesidad de una universidad más sensible, ágil y conectada con su entorno. En numerosos casos, los centros educativos superiores articularon respuestas de emergencia, desarrollaron tecnologías apropiadas, promovieron el autocuidado, documentaron fenómenos sociales y acompañaron procesos comunitarios.

Además, es imprescindible que las estructuras universitarias flexibilicen sus marcos normativos y administrativos para facilitar el desarrollo de proyectos que articulen docencia, investigación y extensión.

Muchos de los procesos burocráticos actuales obstaculizan la innovación y desincentivan la participación activada de estudiantes y docentes en iniciativas sociales. Por lo tanto, se requiere una transformación de la cultura organizacional universitaria que priorice la pertinencia social por encima de la rigidez institucional.

## V. La legitimidad social de la universidad en juego

En tiempos de crisis múltiples —económicas, ambientales, democráticas y culturales—, la legitimidad de las instituciones se encuentra bajo constante escrutinio. La universidad no escapa a esta lógica. Si no logra demostrar su relevancia en la vida cotidiana de las personas, corre el riesgo de percibirse como una estructura obsoleta, alejada de los desafíos reales que enfrentan las sociedades.

En este sentido, la investigación-acción se convierte en un camino para recuperar y fortalecer el vínculo entre la universidad y su entorno. No se trata únicamente de realizar extensión o de participar en actividades comunitarias aisladas, sino de asumir un compromiso estructural y sostenido con la transformación social. La universidad debe ser capaz de responder, con rigor, creatividad y sensibilidad, a los problemas que afectan a los territorios y de construir soluciones que surjan del diálogo entre saberes, no desde la imposición vertical del conocimiento académico.

Esta reconfiguración del papel universitario implica también una apertura al aprendizaje mutuo. Las comunidades no son únicamente receptoras de conocimiento; constituyen espacios vivos de saber, memoria e innovación. En la medida en la que la universidad logre posicionarse como aliada y no como superior, puede enriquecer su propia práctica investigativa y consolidar una legitimidad basada en la reciprocidad.

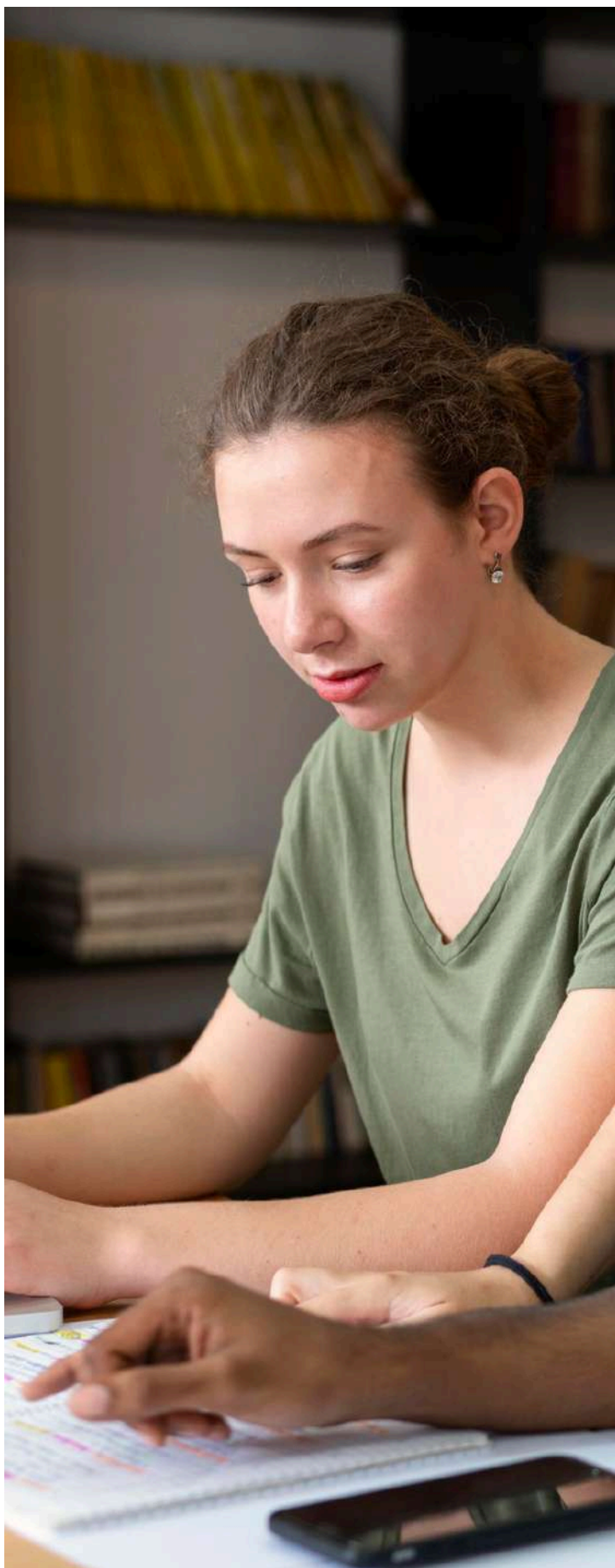
## VI. Experiencias que inspiran

Afortunadamente, en muchos países de América Latina y el Caribe existen experiencias exitosas que demuestran la viabilidad y el poder transformador de la investigación aplicada. Programas de aprendizaje-servicio, laboratorios ciudadanos, centros universitarios comunitarios, consultorios jurídicos gratuitos, redes de investigación colaborativa, semilleros de investigación, observatorios sociales y proyectos de intervención territorial son solo algunos ejemplos sobre cómo la universidad puede incidir de manera directa en la vida social.

Estos modelos suelen compartir varios elementos clave: parten de necesidades reales, involucran de manera activa a los actores sociales, son interdisciplinarios, valoran el saber situado y generan procesos de retroalimentación y evaluación continua. Además, suelen ser profundamente formativos: no solo producen conocimiento, sino que transforman subjetividades, prácticas docentes y marcos institucionales.

Tomar estas experiencias como referencia no implica copiarlas de manera mecánica, sino adaptarlas de forma creativa a los contextos específicos. Cada universidad posee su propia historia, enfrenta desafíos particulares y cuenta con distintas posibilidades. Lo fundamental es asumir la responsabilidad de innovar con sentido y propósito.

No se trata de hacer más, sino de realizar con otros; no se trata de hacer para, sino de hacer junto con. Porque, como afirmaba Paulo Freire, nadie se libera solo, nadie libera a nadie, todos nos liberamos en comunión.



## VII. Desafíos pendientes y horizontes posibles

El camino que conduce de la investigación a la acción está lleno de potencial, pero también de desafíos. Algunos de los más urgentes incluyen:

Reconfigurar los sistemas de evaluación académica: es necesario reconocer y valorar los productos derivados de investigaciones aplicadas —informes comunitarios, materiales didácticos, videos, prototipos, propuestas de política pública — como aportes legítimos al conocimiento, más allá de las métricas tradicionales.

Formar competencias investigativas integrales: los planes de estudio deben promover habilidades no solo técnicas, sino también éticas, comunicativas, emocionales y políticas para intervenir en realidades complejas.

Garantizar la sostenibilidad de los proyectos: muchos esfuerzos valiosos se pierden al finalizar el ciclo lectivo o al concluir el financiamiento puntual. Las universidades deben considerar mecanismos de continuidad, escalabilidad e institucionalización.

Superar la fragmentación del conocimiento: persisten barreras entre disciplinas, escuelas y facultades. La acción transformadora exige enfoques integradores y trabajo colaborativo, en los que confluyan saberes, lenguajes y experiencias.

Cuidar el bienestar de quienes investigan y actúan: participar en procesos sociales implica enfrentar emociones intensas, conflictos y frustraciones. La universidad debe crear redes de apoyo, espacios de cuidado y programas de formación para gestionar estas dimensiones del trabajo investigativo.

A pesar de los retos, el horizonte resulta esperanzador. La pandemia de la COVID19, por ejemplo, evidenció la necesidad de una universidad más sensible, ágil y conectada con su entorno. En numerosos casos, los centros educativos superiores articularon respuestas de emergencia, desarrollaron tecnologías apropiadas, promovieron el autocuidado, documentaron fenómenos sociales y acompañaron procesos comunitarios.

Ese espíritu solidario, interdisciplinario y comprometido no debe perderse, por el contrario, debe institucionalizarse y convertirse en parte del ADN universitario.

## VIII. Investigar para transformar

La universidad que el mundo necesita hoy no es aquella que acumula artículos sin lectores ni la que se encierra en rankings impersonales; es la universidad que escucha, dialoga y actúa con humildad y compromiso; es la universidad que investiga no para validar su autoridad, sino para transformar realidades, construir ciudadanía y expandir derechos.

Pasar de la investigación a la acción no constituye únicamente una propuesta metodológica; representa una postura ética, una apuesta política y una visión humanista de la educación superior. Lo anterior implica reconocer que todo conocimiento involucra una responsabilidad, la cual solo se honra cuando el saber se pone al servicio de la vida.

Es momento, entonces, de romper inercias, cuestionar privilegios, involucrarse activamente y renovar los pactos entre la universidad y la sociedad. No se trata de hacer más, sino de realizar con otros; no se trata de hacer para, sino de hacer junto con. Porque, como afirmaba Paulo Freire, nadie se libera solo, nadie libera a nadie, todos nos liberamos en comunión.

Que la investigación recupere su sentido. Que el conocimiento recupere su rostro.  
Que la universidad recupere su alma.



Por Humberto Sanabria Picado  
Doctor en Ciencias de la Educación con Énfasis en Administración Vicerrector de Investigación y Extensión, Universidad Florencio del Castillo Directo del Instituto de Educación Dr. Clodomiro Picado Twilight